

para hacerse de ella. Schmidl sigue sumando leguas en su derrotero, siempre sin decir en qué dirección marchan, siempre sin indicar puntos cardinales, sin la menor alusión al paisaje o a los rasgos físicos de la región que recorre. La primera expedición es un nuevo fracaso: «...navegamos aguas arriba por el Paraná para buscar los indios para que nosotros pudiéramos lograr comida y bastimento. Pero cuando estos indios nos hubieron divisado, huyeron todos ante nosotros y no pudimos hacernos mayor bellaquería como la de quemar y destruir los alimentos; esto era su [modo de] guerra; así nosotros no tuvimos nada que comer ni mucho ni poco pues se le daba a cada uno tres medias onzas de pan en bizcocho en cada día. (También) en este viaje murieron de hambre la mitad de nuestra gente».

Después de dos meses de ardua navegación, los hombres regresan con las manos vacías al real de Buenos Aires, donde los compañeros tampoco comen ni mucho ni poco y son cada vez menos, y donde el Adelantado mismo es cada vez menos, está cada vez más enfermo, más desesperado y más vencido. Entonces reaparecen los indios. Una reunión en la que Schmidl señala a querandíes, guaraníes, chaná-timbúes y charrúas, aunque los historiadores descreen de algunas de esas presencias, ataca el asiento y le pone sitio después. Son veintitrés mil, exagera el cronista, que hacen arder chozas y navíos con sus flechas incendiarias, matan a una treintena «entre capitanes, alféreces y otros buenos compañeros», y finalmente se van, acosados ellos también por el hambre. «Querían darnos muerte a todos, pero el Dios Todopoderoso no les concedió tanta gracia», se alivia Schmidl, en una rara insinuación de que el dios de los cristianos también podía extender sus favores a los infieles. Los conquistadores terminan refugiados en sus naves, que no se sabe dónde estaban en ese mundo que el soldado alemán diseña sin norte ni sur, sin este ni oeste. No han pasado más de cinco o seis meses desde el primer desembarco sobre la margen derecha del Plata.

A bordo de una flotilla de pequeñas embarcaciones, una parte del total de algo más de quinientos sobrevivientes vuelve a partir Paraná arriba, en busca de alimentos. Su jefe es Juan de Ayolas, el culpable intelectual de la muerte de Osorio, que en medio de los tormentos del hambre conserva todavía fuerte la ilusión de encontrar plata. Como una fórmula, Schmidl va repitiendo ciertos datos acerca de cada pueblo de indios con los que toman contacto: el aspecto físico de hombres y mujeres, si ellas van como vinieron al mundo o si cubren sus vergüenzas, lo que comen.

Los timbúes son grandes y fornidos, sus mujeres son feas y toscas, comen carne y pescado: nunca en su vida han comido otra comida. «Nos dieron carne y pescado hasta hartarnos», reivindica Schmidl. A cuatro leguas encuentran a los corondás, garbosos de cuerpo pero con sus mujeres feas y rasguñadas debajo de los ojos, que cubren sus partes con paños de algodón. Ellos comparten con los conquistadores «su escasez de carne y pescado». Treinta leguas más hasta los quiloazas y otras sesenta y cuatro hasta los mocoretás, todos ellos gentes garbosas pero con mujeres feas, alimentados de carne y pescado. A dieciséis leguas, los chanáes salvajes, que no tienen más que carne y miel: «no permanecemos más de una noche pues ellos no tenían nada que comer», explica Schmidl. Noventa y cinco leguas más arriba, los mapenis, que son muchísimos, reciben a los invasores en pie de guerra, así que ellos los balean con sus arcabuces pero no pueden sacarles nada para comer.

Al llegar a la desembocadura del Paraguay navegan por él aguas arriba, y a cuarenta leguas de distancia de los mapenis descubren a los curemaguáes, que además de pescado y carne tienen chauchas de algarrobo, con las que hacen vino. Los hombres se agujerean la nariz y se adornan con una pluma de papagayo y las mujeres se pintan rayas azules y se cubren desde el ombligo hasta las rodillas. Treinta y cinco leguas más navega Schmidl para descubrir por fin la belleza de las indias, entre los agaces, gente alta y garbosa pero que se resiste a alimentar porque sí a los cristianos, que responden como siempre: «exterminamos muchísimos de los susodichos Agaces».

«Ahí Dios el Todopoderoso nos dió su gracia divina que entre los susodichos Carios o Guaraníes hallamos trigo turco o maíz y mandiocín, batatas, mandioca-poropí, mandioca-pepirá, maní, bocaaja [coco] y otros alimentos más, también pescado y carne, venados, puercos del monte, avestruces, ovejas indias, conejos, gallinas y gansos y otras salvajinas las que no puedo describir todas en esta vez. También hay en divina abundancia la miel de la cual se hace el vino». Así empieza Schmidl la narración del providencial encuentro con los guaraníes, cincuenta leguas arriba del emplazamiento de los agaces.

Entre tanto, leguas y leguas de aguas abajo, Mendoza ya ha abandonado, para morir en alta mar, a una mínima Buenos Aires en la que un puñado de hombres ha logrado sobrevivir a fuerza de cultivos de huerta. Se ha ido moribundo, pero no ha dejado de instruir a los suyos para que en el caso de que encontraran siquiera una piedra de valor se

la remitieran a España a fin de que pudiera él hacer frente a su recién obtenida pobreza. Desde el país de los guaraníes, Ayolas intentaría todavía llegar a las montañas de plata adentrándose en el Chaco para encontrar la muerte a manos de los payaguaes. Desde la recién fundada villa de la Asunción, en el Paraguay, bajaría en 1541 Martínez de Irala para despoblar Buenos Aires y llevar a sus pobladores allí donde se podía disfrutar del único botín obtenido, bien distinto de la fortuna que todós ellos se habían prometido años atrás. Hasta el último día de su paso por el continente, que todavía había de depararle ocasionalmente hambre, sed y hasta un naufragio, Ulrico Schmidl se mantuvo leal a su capitán Irala.

Acá afuera

Entre los guaraníes, «una mujer cuesta una camisa o un cuchillo con el cual se corta, o una pequeña hacha», narra Schmidl, cuyo interés sexual parece haberse despertado ante la visión de las lindas agaces. La tierra ahora ofrece no sólo comida en abundancia, sino también mujeres. Después del primer contacto, no obstante, los guaraníes pretenden que los extranjeros se retiren a cambio de la promesa de abastecerlos de alimentos. Ya era tarde para ellos: «Nosotros y nuestro capitán general Juan Ayolas no quisimos retroceder de nuevo pues la tierra y la gente nos parecían muy convenientes, junto con la mantención; pues nosotros en cuatro años no habíamos comido pan ninguno sino que nos hemos sustentado sólo con peces y carnes ... Ya que nosotros no quisimos hacer tal cosa, tomaron ellos sus arcos y nos recibieron y nos dieron la bienvenida... Pero cuando estuvimos cerca de ellos, hicimos estallar entonces nuestros arcabuces. Cuando ellos oyeron nuestras armas y vieron que su gente caía al suelo y no veía ni bola ni flecha alguna salvo un agujero en el cuerpo, entonces no pudieron permanecer más y huyeron de ahí y se cayeron los unos sobre los otros como los perros...»

Vencidos, aterrados, los guaraníes procuran congraciarse con sus dominadores. Ayolas recibe de regalo seis mujeres, la mayor de ellas de dieciocho años, y cada hombre de la hueste recibe dos. Explica el cronista: «..para que cuidaran de nosotros, cocinaran, lavaran y [atendieran en] otras cosas más de las que uno en aquel tiempo ha necesitado». Indias para todo servicio, pero también mancebas, cuya unión con los nuevos amos daría inicio pronto a un rápido y extenso mestizaje.

Las indias guaraníes, acota el historiador Alberto Salas, no llegaron a manos de los españoles sólo porque sus hombres se sintieran impelidos a establecer una sólida alianza con los vencedores, sino también porque allí como en todas partes, «constituyeron un despojo de guerra»⁹. A pesar de su persistente discreción en la materia, el propio Schmidl cuenta cómo en las guerras y entradas que siguieron se apoderó, en efecto, de mujeres: «Así yo traje para mi botín en ese tiempo más de diez y nueve personas, hombres y mujeres que no eran muy viejas, pues yo no he mirado por las gentes viejas, sino buscado siempre las gentes jóvenes».

Después de varios años en América se han desvanecido casi del todo los sueños del oro y de la plata en abundancia, pero también, por el momento, el fantasma del hambre. Aun cuando sigue acompañando a su capitán Irala en las últimas fallidas entradas en busca del tesoro inalcanzable, el arcabucero alemán se solaza con otras recompensas: las mujeres de los jarúes, dice, «están pintadas ... desde los senos hasta las partes [en] color azul, muy bien hecho. Un pintor acá afuera tendría que esforzarse para pintar esto y ellas van completamente desnudas y son bellas mujeres a su manera. Pero aunque ellas pecan en caso de necesidad, yo no quiero mayormente contar de estas cosas en esta vez». Sin embargo, unas líneas más abajo, Schmidl pierde la compostura, a su manera, y cuenta: «Estas mujeres son muy lindas y grandes amantes y afectuosas y muy ardientes de cuerpo, según mi parecer».

«Acá afuera», escribe el cronista para referirse a su país y al de sus lectores. Afuera de ese lejano mundo en cuyo interior el autor ha recorrido centenares de leguas hacia ninguna parte. Hacia la sierra de la plata, hacia un poco de comida, hacia los cuerpos de mujeres reducidas a la servidumbre. Un mundo del que parte como vino, a fines de 1552, después de obtener el permiso de Irala para retirarse, como un soldado. Schmidl emprende el regreso y deja atrás a Asunción, esa ciudad cálida y gozosa que ya empieza a conocerse como el Paraíso de Mahoma, un lugar sin reglas, en el que cada cristiano podía tener hasta ochenta y cien indias en su serrallo. Un lugar sin reglas cuya vida sexual escandalizó a Alvar Núñez, y que constituyó en definitiva el único botín de guerra para los conquistadores del Río de la Plata¹⁰.

⁹ Salas, Alberto, *Crónica florida del mestizaje de las Indias*, Buenos Aires, 1960.

¹⁰ Salas, Alberto, *op. cit.*

El regreso a Baviera no fue para Schmidl más fácil que muchas de sus andanzas en el Nuevo Mundo. Tardó más de un año en llegar desde el corazón de América del Sur, donde caminó hasta la costa del Atlántico, volvió a pasar hambre y volvió a estar más de una vez en trance de morir. Ya en su pueblo natal, heredó a su hermano a poco de llegar y recibió al fin, curiosamente, una parte de la fortuna que había buscado sin suerte en los confines del mundo. Se casó tres veces aunque no tuvo hijos, fue consejero en su municipio y vivió con holgura hasta los setenta años¹¹.

De su aventura americana le quedaron un puñado de objetos que sobrevivieron al viaje de regreso desde Asunción, y la memoria. Quizás recordara alguna vez a los dos indios payaguaes que pagaron por la muerte de Juan de Ayolas, atribuida a su pueblo todo. «Se les dió tal tormento que debieron confesar y los Payaguáes declararon que bien era verdad que ellos habían matado a los cristianos. Así tomamos los Payaguáes y los condenamos y a ambos se les ató contra un árbol y se hizo una gran fogata a alguna distancia. Así, se fueron quemando lentamente». Eso había escrito.

¹¹ Schmidl, Ulrico, *Derrotero y viaje al Río de la Plata y Paraguay, Asunción, 1983.*



Iglesia de San Francisco, Saña. Restos